

EL PAPA Y LA RANA

Participábamos mi esposa y yo, con otros compañeros de Facultad y algunos amigos. Formábamos un grupo de ocho o diez parejas, de mediana edad, entre una multitud de otras gentes.

Una multitud que avanzaba lenta, organizada, relajada, rumbo a...; no podría decirlo con precisión; manifestación político-religiosa, tal vez mariana, tal vez romería...Un recuerdo nítido: protagonista, el Papa.

En un momento nos dimos cuenta del problema: el resguardo de la inscripción se había quedado en casa. Solía ocurrir con Karen: fiel compañera, perfecta esposa, casi amiga; pero la memoria le jugaba estas pasadas. Volvió a recoger el documento; afortunadamente aún no andábamos lejos. Yo me detuve para esperarla y la multitud me fue superando, como un río con monótono y sordo caminar.

Cuando ella volvió habíamos perdido al grupo. Y continuamos, dos gotas de agua confundidas en la corriente, la marcha de la multitud.

Insensiblemente todo cambió de rumbo: no íbamos, volvíamos. Sigo sin saber de dónde; pero estábamos de vuelta. Delante de nosotros estaba el Papa; él siempre iba delante, presentido, más que visto.

La vuelta se hacía por camino distinto a la ida, obviamente, pues llegamos a una gran explanada no vista antes. En su centro había un enorme rectángulo vallado.

La multitud fue abrazando con su curiosidad al rectángulo.

El Papa dijo:

- En fila de dos.

Y una primera fila de curiosos devotos pegó sus rostros a la valla metálica. Una segunda fila compacta tras ellos, se acomodaba para mirar por los espacios libres que dejaban los primeros.

Una joven morena, no mal parecida, buscaba algún lugar donde ubicarse. Prácticamente estaba todo ocupado. La joven recorría la valla detrás de la segunda fila y por fin se detuvo; un hueco entre las dos filas delanteras le permitía ver.

El Papa atravesaba la explanada escrutando a los fieles que ceñían el rectángulo y vió a la joven detrás de la segunda fila. El Papa solemnizó su gesto levantando el brazo y señalando a la joven con su índice extendido:

-Tú misma te has perdido - sentenció.

La multitud, estirada como cinturón en el rectángulo, vibró; vibró la valla y vibró el suelo mismo del planeta: el Papa había anatematizado. Busqué con la mirada a la joven; inútilmente, había desaparecido.

El Papa recorrió la anchura del rectángulo y giró a la derecha siguiendo un camino paralelo al lado mayor y detrás de la segunda fila de fieles.

Nadie osaba volver la cara para mirarle, aunque sus pasos resonaban dentro de cada cabeza y hacían palpitar a cada

corazón. Llegó al término de la longitud del rectángulo y por el mismo vértice penetró en él.

Karen y yo íbamos unas decenas de metros detrás del Papa. Siempre íbamos detrás. Estábamos aquí más por curiosidad o afán de aventura, que por devoción o por fé. Buscábamos, como otros, un espacio libre y era difícil encontrarlo. Por fin hallamos un hueco para Karen, sólo uno, en segunda fila, y allí se ubicó.

Yo seguí mi búsqueda hasta llegar al vértice por donde el Papa había penetrado en el rectángulo. Nadie había osado situarse en aquel sitio. Yo, un poco descreído, me detuve en el mismo vértice; me parecía normal que fuese ocupado un espacio vacío. Nadie me acompañó en la osadía; nadie me prestó la menor atención tampoco.

En aquel vértice no había puerta alguna, sino valla metálica igualmente tupida que en el resto del perímetro.

Pero el Papa había pasado por allí y estaba justo a dos metros delante de mí, tendido en el suelo, cara al cielo. Estaba cuan largo era, siguiendo la dirección de la diagonal del rectángulo con los pies próximos al vértice que yo ocupaba. Y se movía continuamente balanceándose de un lado a otro.

Desde la posición privilegiada que yo ocupaba podía verlo perfectamente. Llevaba puesta la tiara; aunque a mí más me parecía vulgar mitra episcopal que singular tiara pontificia. Con su mano derecha empuñaba un báculo que yacía en el suelo, paralelo a su cuerpo, y con la izquierda aguantaba un ramo de variada verdura, que de vez en vez mordisqueaba.

Era la primera vez que veía cara a cara al Papa, aunque yo en pie y descreído y él, sin razón lógica, yacente. Y no era desde luego el rubio eslavo que ahora conocemos, sino más bien latino, moreno y algo graso. A decir verdad no sé su nombre; sólo sé que era el Papa y que se hallaba expuesto, en tierra, a los ojos atónitos de cientos de fieles y a dos metros de mí.

A ambos lados del Papa, también cara al cielo, con sus manos posadas sobre el pecho, una sobre otra, yacían dos hombres maduros y enjutos; por su aspecto, posiblemente enfermos.

Suavemente, en unos segundos, del cuerpo del Papa se desprendió su sombra. Una sombra luminosa, un aura, un doble etéreo de sí mismo; se fué elevando hasta unos cincuenta centímetros de su cuerpo y allí se quedó como temblando durante unos pocos y eternos segundos. Tras un breve reposo, la sombra se deslizó hasta cubrir uno tras otro a ambos hombres, transformándolos en copias del mismo Papa. Después, como absorbida por los tres cuerpos, desapareció.

Yo tenía ante mí tres Papas iguales, igualmente grasos, balancines, herbívoros y mayestáticos. Tres tiaras y tres báculos igualmente sólidos o igualmente irreales.

Mi asombro había ido creciendo y ahora no estaba seguro de lo que veía. Las tres figuras ante mí iban cambiando de forma y de color.

Cuando su configuración devino estable, eran tres cuerpos oblongos de formas redondeadas y enormes ojos. Tres cuerpos iguales, de piel entre gris y rosa brillante, por zonas, salpicada de grandes lunares, rojos, azules y negros. Ojos

grandes, como dije, dos veces grandes por tanto. Ojos pacíficos y dulces, mitad negros y mitad blancos, por hemisferios. Grandes ojos (; más grandes aún !), como enormes ovoides en unos cuerpos casi planos, de escaso grosor y amplia superficie, y de contornos suavemente curvados.

En la transformación habían desaparecido piernas y brazos; no quedaba extremidad alguna. Ni báculos, ni pompa, ni verdura: sólo permanecía desnudez y dulzura.

Estos tres cuerpos se deslizaban sobre el suelo sin arrastrarse, sin dejar huella.

Se desplazaron hacia el centro del rectángulo en un movimiento lento, con sucesivos cambios de forma y color. Colores siempre vivos y ojos elocuentes, y siempre grandes.

La multitud que ceñía el rectángulo era un solo ojo y un solo silencio. Yo sentía latir mi propio pasmo y cada cual estaría pasmado con el suyo.

Hacia el centro del rectángulo había otros cuerpos echados que fueron cubiertos y adsorbidos por estos tres seres y transformados en su propia naturaleza. El resto del rectángulo estaba vacío y cubierto de tierra parda, dura y pedregosa.

Los tres seres, únicos ocupantes ya del rectángulo continuaron la travesía pausadamente hasta el vértice opuesto al que yo ocupaba. Dieron lentamente la vuelta y empezaban a venir hacia mí.

Parecíame no haber nadie más en el mundo. Sí, el silencio. Un silencio que se me hacía sentir con más robustez que la multitud

que me acompañaba, incluida Karen, quien ahora vivía en mi total olvido.

A medida que se acercaban se empezaban a confundir sus figuras. A mitad del camino pude ver claramente que sólo vanían dos, y seguían confundiéndose. A diez o doce metros de distancia solamente quedaba un ser de los tres iniciales. Se habían fundido los tres en sólo uno; ¿ era el Papa ?.

Observé que iba disminuyendo su volumen más y más mientras se me acercaba. Cuando llegó ante mí era una pequeña ranita del tamaño de la yema de mi dedo pulgar, que saltaba inquieta intentando salir del rectángulo; ¿ era el Papa ?.

Entonces descubrí que la valla metálica no llegaba hasta el suelo, sino que se apoyaba en un pequeño muro de poco más de un palmo de altura, que rodeaba al rectángulo.

La pequeña, débil y tierna rana se apoyó en el muro y saltó queriendo remontarlo. Era demasiado para ella; se golpeó contra el muro y cayó al duro suelo. Sentada sobre sus ancas frente a mí, me miraba, con sus ojos saltones, suplicándome ayuda.

No lo dudé; aunque estaba por medio la valla, y no sé cómo pude hacerlo. Pero me agaché, alargué la mano y sin dificultad alguna tomé la rana, quien claramente se dejó tomar. Me incorporé y la mantenía acunada entre ambas manos. Parecía confiada y tranquila; ¿ era el Papa ?.

Extrañamente me parecía que la multitud era ajena a estos hechos. No se percibía ni un rumor, ni un movimiento. Se percibía, sí, el vacío exterior a mi vivencia y el silencio.

Ya he dicho que yo era algo incrédulo, pero en este momento, con la rana entre mis manos, me sentía transportado por un fervor religioso inexplicable.

Me dí media vuelta y, alejándome del rectángulo, fui en la dirección en que intuía debía seguir su marcha la anterior procesión, romería o lo que fuese.

Yo caminaba y nadie me seguía, ni con la mirada; lo sentía.

A los pocos pasos empezaron a dispararse en todas direcciones pequeñas gotitas de líquido del cuerpo de la ranita que yo acunaba en mis manos, y su piel palidecía y se arrugaba.

Claramente aquello ocurría por mi incredulidad o por mi infidelidad; así lo creía yo.

Había que salvar la rana (¿ era el Papa ?), y en unos segundos me juré mil veces creer, y creer por siempre, y ser fiel a esa fé.

Todo sin resultado. La rana siguió perdiendo su ser y empequeñeciéndose más y más. Y yo desesperaba de mi impotencia. Y la multitud permanecía ajena, ¿ o inexistente ?.

En una última fuga desapareció lo poco que me quedaba entre las manos, apenas unos milímetros de piel arrugada.

Miré las manos vacías y el pecho me oprimía de abajo hacia arriba, hasta el cuello, produciéndome una terrible sensación de ahogo. La angustia me haría estallar de un momento a otro.

La única salida posible, para no reventar de dolor, era gritar; y grité. Con la boca abierta, casi a punto de desencajar, lancé un ¡¡¡ AAAH !!! potente, largo y sostenido; minutos y minutos sin respirar. Pero sólo conseguí romper el silencio, porque nadie más me oía.

Me desperté; martes, trece de agosto del noventa y seis; eran las nueve menos cuarto de una mañana soleada. Karen, echada a mi lado, dormía plácidamente.

Estábamos en el interior de la caravana en un camping de la costa de Tarragona, muy cerca del arco romano de Bará.

Yo había oído en mi walkman, como cada mañana, las noticias de las siete y me había vuelto a dormir. Todo había ocurrido en poco menos de dos horas; ¿ o en unos segundos solamente ?.

JUAN PABLO MARTINEZ.